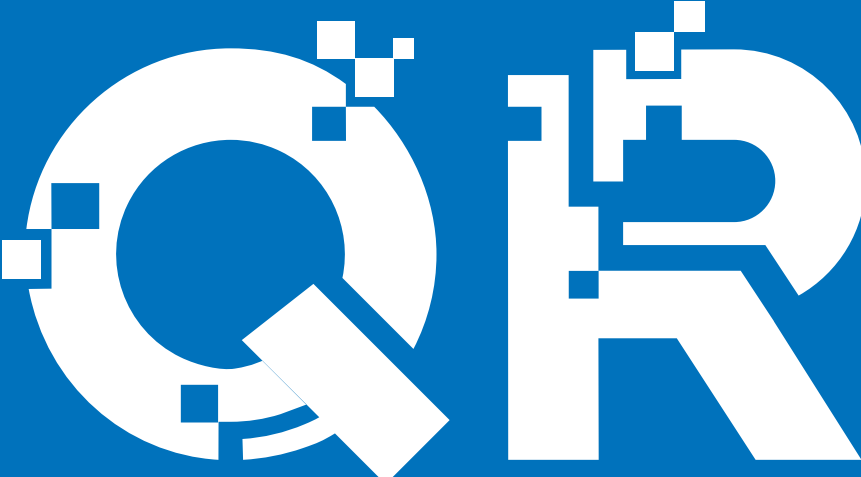




# quiero relatos

Memorias azules

**EDIBER**  
EDITORIAL MUNICIPAL  
DE BERAZATEGUI

# Prólogo

El contexto impuesto por la pandemia global que afectó nuestras vidas, nos enfrentó al desafío de desarrollar políticas públicas en un panorama de extrema incertidumbre. A pesar de esto, pudimos asumir nuestro compromiso ciudadano siendo propositivos en la gestión de acciones sociales, sanitarias y culturales para nuestras vecinas y vecinos. Nunca abandonamos el vínculo y fomentamos acciones virtuales y plataformas como **Berazategui Creativa**, para sostener el proyecto cultural que nos identifica y es parte fundamental de nuestra gestión municipal.

Poco a poco y acompañándonos, entre cuidados familiares y acuerdos sociales, estamos recuperando los ámbitos presenciales esenciales en nuestras vidas. Con alegría nos sentimos inmersos en este proceso de reconstrucción; de recobro de participación ciudadana en los espacios públicos; de reaperturas de lugares históricos e inauguraciones de nuevos como el Complejo “**La Humanitaria**” en Hudson.

En este contexto, **EdiBer**, el sello Editorial de la Municipalidad de Berazategui, continúa el compromiso de los últimos seis años en las convocatorias “Abrir la Puerta”, sosteniendo la participación y promoción colectiva de escritores y artistas visuales locales; buscando constantemente democratizar los accesos y posibilidades de los productores culturales.

EdiBer 2021, presenta “**Quiero Relatos**”, una original propuesta de encuentro en el espacio público que reúne lo presencial, lo virtual y lo colectivo en una acción. Donde sembraremos cientos de códigos QR en todo el distrito que, a través de su escaneo, llevarán a los tres capítulos de este libro digital.

La publicación reúne la selección de 31 escritores y 23 artistas visuales que relatan en textos breves e imágenes vivencias, transitorios e historias que reflejan pertenencia al territorio berazateguense.

Felicitamos y agradecemos la participación de los autores y desafiamos la búsqueda de los códigos QR de la Editorial EdiBer. Para que mediante estas nuevas costumbres y herramientas adquiridas, una vez más, podamos conocernos y reconocernos.

**Juan José Mussi**  
Intendente Municipal de Berazategui  
**Federico López**  
Secretario de Cultura y Educación

**“Quiero Relatos” Ediber 2021** está dividido en tres capítulos, cada uno con su correspondiente código de acceso y un color que lo identifica: **Figuraciones violetas**, **Memorias azules** y **Comunidad naranja**.

Las **figuraciones** hacen referencia a la imaginación, a la acción de figurar historias mágicas, absurdas o misteriosas. Los relatos reunidos en este capítulo se caracterizan por sucederse en un plano que excede la realidad material y la cotidianeidad y, por el contrario, la desafían para desplegar sus palabras en un mundo fantástico que nos permite tanto reír como reflexionar.

Las **memorias** son relatos que contienen recuerdos, historias personales o hechos históricos en donde sus autores son protagonistas o testigos. En el transcurso de estas páginas, se experimentan diversas emociones; el orgullo por la autonomía, el horror por el período de la dictadura cívico militar, la ternura del antiguo amor, la tristeza por el desencuentro o la añoranza de viejos viajes.

La **comunidad** contiene registros de la vida cotidiana; del quehacer colectivo que es siempre transformador y del cantar de la calle con sus pibes y sus enseñanzas. También comprende los relatos que dan cuenta de lo vivido durante y después del período de aislamiento social preventivo en pandemia.

# Índice onomástico

**Adrian Sergio Maglieri - Un viaje a Villa España - 36**

**Andrea Fernanda Berbih - Vida con huellas - 33**

**Florencia Daniela Bernacchia - Lugares, lugarcitos, recorridos - 16**

**Gaston Diciocco - Un viaje imaginario - 26**

**Héctor Fabian Martínez - Siesta Inducida - 35**

**Laura Lavergne - Ranelagh, nevada del 10 de julio de 2007 - 25**

**Liliana Alicia Stagnaro - La casa árbol - 8**

**Macarena Cruz - Espera en la estación - 12**

**María Paula Matinati - Reflejo de una ciudad en movimiento - 39**

**Mirta María Malceñido - Contrastes - 5**

**Indicios del ayer - 7**

**Mirta Olmelli - La Villa - 20**

**Monica Verdun - Zampoña - 13**

**Norma Beatriz Silvestre - El tiempo no para - 17**

**Priscila Burgos - Re encuentros del río - 22**

**Silvina R. Berardi - El borracho y su Estelita - 29**

**Victorio Bruni - Así lo viví - 23**

**Yanina Paola Silva - Avanzando aunque todo alrededor se  
desmorone - 32**

# CONTRASTES

*Impresiones de una visita al Complejo Cultural "San Francisco"*

- ¿Qué te parece si nos encontramos antes en el bar y tomamos un café?

Fue atravesar la puerta y sentir que pasaba a otro plano espacial y temporal. Ya me lo habían adelantado las paredes de ladrillos desde el exterior. A un costado de la puerta, alrededor de una mesa, un grupo de personas, que definiría como parroquianos del lugar, charlaba y tomaba café. Uno de ellos me dijo:

- Cierre la puerta, por favor. ¡Hace frío!

Obedecí al instante, como si dejarla abierta pudiera romper el hechizo de ese lugar mágico.

Me sentí observada por alguien detrás de un antiguo mostrador, al otro lado del enorme salón. Recorrí con la mirada el lugar. Todo parecía haberse escapado de una vieja película de Leonardo Favio. Las paredes blancas cubiertas por enormes vitrinas. Objetos aparentemente en desuso descansaban, colocados como al descuido, en distintos rincones. En algún momento debieron ser imprescindibles. Ahora testigos mudos de otras épocas.

El olorcito a café me llevó a pedir uno y acercarme a una

mesa, junto a la ventana. Sentada observé el exterior. Allí seguía el ajetreo, los autos, la gente apurada. En el interior, la vida parecía detenida por lo menos 100 años atrás. Dentro de otra vitrina, documentos y más objetos antiguos.

Las voces de los que charlaban parecían fundirse con otras voces, de otras charlas que habían quedado encerradas en esas paredes blancas, que imaginé pintadas para esconder viejas historias, intrigas tramadas café de por medio. Por un momento, creí que algunas de esas voces insistían en ser escuchadas. Después... silencio.

Alguien me tocó el hombro volviéndome a la realidad.

– ¿Llego tarde? Creo que ya nos están esperando.

No dije nada pero con qué gusto me habría quedado allí, junto a la ventana, en silencio, un rato más.

**Mirta María Malceñido**





Indicios del ayer - Mirta María Malceño

# LA CASA ARBOL

*Relato postumo*

Juan tenía los ojos con lágrimas el día que pronunciaron su nombre. Desde la ventana, su mamá, una mujer de larga trenza, lo miraba orgullosa sin animarse a entrar por sus viejos zapatos. Sus manos ajadas de trabajo querían aplaudir, pero a viva voz expresó “bien hijo querido”. Ella que nunca pudo leer el diario de corrido, hoy estrenaba un hijo con futuro. En su memoria permanecía la imagen de Juan pequeño, corriendo por los arrozales, con su carita de luna y sus rulos dorados, herencia de una raza de inmigrantes polacos que llegaron a esta tierra huyendo del horror de la guerra.

En esos tiempos, Juan escuchaba extasiado las historias que una y mil veces su abuelo Andrés le contaba. Sentado en el asiento de madera que él le había construido, a orillas del río, bajo los sauces que bañaban la costa, Juan imaginaba todo lo que su abuelo describía; personajes, travesías cazando gatos monteses o víboras para vender el cuero, arroyos con piezas de tela que quedaron varadas producto de los contrabandos, borracheras de hombres en el único bar que hacía a la vez de distracción y juegos clandestinos. El abuelo relataba mientras fumaba su pipa de tabaco dulce y recordaba con tristeza a la abuela Luisa, la mujer que lo había acompañado en la aventura de subirse a un barco sin otro tesoro que sus sueños.



Pasaron los años y de aquellas plantaciones sólo quedó un vago recuerdo. La gente comenzó a irse y la vieja casona, que fue del terrateniente de la zona, se transformó en una próspera fábrica de aire acondicionado que dio trabajo y, a su vez, contaminó el agua del arroyo, que ya no tuvo más peces de colores sino un espeso líquido de olores fuertes. La familia de Juan también se mudó cuando su padre consiguió trabajo en la fábrica, en búsqueda de nuevos horizontes.

Solo su abuelo permaneció allí, jamás quiso abandonar su mundo. Y lo que había sido la escuela se transformó en su hogar, bajo la selva que comenzó a devorarse todo resto de civilización y creció, reciclando especies nativas y exóticas cuyas semillas eran arrastradas por el río. Así, rincones de extraordinaria belleza pudieron sentirse a salvo y animales salvajes y pájaros de todas clases se reprodujeron sin problemas. El abuelo Andrés se sentía en convivencia y plenitud con ese mundo de colores iluminados por los rayos del sol.

Juan continuó estudiando con mucho esfuerzo. Había hecho una promesa a su abuelo Andrés y él nunca le fallaría. Tres veces por semana llegaba a la estación para tomar el tren a La Plata, ciudad donde estudiaba. El resto del tiempo lo ocupaba en changas para pagarse los materiales de estudio. Algunos fines de semana al mes emprendía el camino a pie, entre lirios y mosquitos, a donde ningún vehículo llegaba, para visitar a su abuelo. Necesitaba sentir esa inyección de vida que era abrazarlo, llevarle algunos

viveres, pocos, ya que su abuelo, como los pájaros, tomaba agua de lluvia. Lo único que necesitaba, cada tanto, era compartir... Allí se quedaban los dos, como en su niñez, sentados en el banco de tronco, iluminados por un farol, aprendiendo juntos de la vida y sus sabidurías simples.

En uno de esos viajes en tren a La Plata, Juan quedó prendado de una morocha de ojos saltones que se comía el lápiz mientras ojeaba apuntes. La chica no reparó en él, pero los genes perseverantes de Juan buscaron una y otra vez acercarse a ella, hasta hacer contacto con sus ojos y robarle una sonrisa. Se sentó a su lado y con esa magia, aprendida de su abuelo, envolvió su corazón.

Desde ese día, ambos caminaban todo el tren hasta encontrarse y el amor fue creciendo tan naturalmente como las flores de la selva. En sus charlas le decía “cuando me reciba de arquitecto, voy a construir una casa árbol en el río para honrar a mi abuelo”. Ella pensó que estaba loco pero dijo que lo apoyaría.

Y así fue que, en medio de esa espesa naturaleza, los años vieron levantarse una casa hermosa y perfecta, hecha de cañas y troncos, decorada con flores y plantas que colgaban por sus rincones. El abuelo Andrés no llegó a verla pero los aventureros y turistas corrieron la voz sobre la historia del mundo salvaje escondido y de la casa árbol que jugaba mágicamente con los rayos del sol.

Todo esto que cuento puede parecer una fantasía en un

lugar lejano, pero no. Yo soy Eva, la mujer de Juan, ese joven que me conquistó con sus ojos de ángel en el viaje en tren a La Plata. Y la selva, o lo que va quedando de ella, no está lejos, está a la vera del río de La Plata y es la más austral del mundo.

Juan ya arquitecto, nuestros hijos y yo, luchamos por defender este hermoso lugar donde el espíritu del abuelo Andrés sonríe y lo podemos ver cada tanto sentado en el viejo tronco esperando convertirse en leyenda.

**Liliana Alicia Stagnaro**



Espera en la estación - Macarena Cruz

# Zampoña

Eran tiempos de ocultamiento. Me encontraba estudiando en el Instituto María Ward, donde aprendí sobre la hipocresía y la vergüenza por el cuerpo.

Pude sobrevivir por el contingente encuentro de amistades que no paraban de reír en tiempos de muerte. Éramos adolescentes no agraciadas de la época, pero todavía no lo sabíamos.

Cada medio día caminábamos sobre el aire de nuestras hormonas hasta la parada del bondi que pasaba por Av. Mitre. Cuando el “4 negro” se asomaba, una aparición milagrosa nos abducía y ese pequeño acontecimiento accionaba todo un mundo de porvenires.

Esa sensación afortunada discreparía de la realidad que comenzaré a contarles.

Una tarde, luego de la clase de Educación Física, mientras mis amigas gemían sensaciones de cansancio y yo no paraba de molestarlas con mis corridas por las canchas, nos detuvimos frente a la estación de Plátanos, aguardando al bendito blanquito que siempre se hacía esperar.

Un momento de quietud en nuestro parloteo incesante, etiquetó aquel suceso que todavía hoy repele mi piel.



El lugar donde esperábamos el micro daba frente a un campo, un terreno baldío. Yuyos altos, pastos con espigas y montículos de tierra desolaban nuestras pupilas llenas de vida. En toda aquella generosa extensión no se veía ni a una sola persona, lo que potenciaba la sensación devastadora de estar asomado a un paisaje prohibido y hostil. Fue entonces que escuchamos alaridos siniestros que nos erizaron los pelos.

Sentimos pavor, creímos que la maldición de la madre superiora por nuestros pecados de vulvas húmedas, estaban recayendo en ese paraje solitario sobre nosotras. Quisimos correr, pero el temor nos paralizó, algunas rezaban, otras lloraban.

Mi ateísmo posibilitó calmar a mis amigas que, adentradas en sus creencias de fantasmas y brujas, no podían razonar.

El viento nos metió por las orejas gritos desesperados que provenían de la casona detrás del campo, que duraron un tiempo corto pero eterno.

Llegó el colectivo, no nos importó su destino, subimos aterradas y, abrazando nuestra perplejidad, cada una se dirigió a su casa.

Los próximos días un silencio delator enterró lo ocurrido en esa extensión de verde que disponía un límite de opresión entre la avenida y el campo. Marcaba un dramático contraste entre la vida y la muerte, la libertad y el encierro, lo conocido y lo imposible.

Pasado el tiempo pude comprender que los relatos supersticiosos sirven para desviar algo más siniestro aún.

Este recuerdo encubridor se recostaba sobre las palabras que nos recitaba el profesor de matemática Eussebi, de Miguel Cervantes Saavedra:

*“Si el bajo son de la zampoña mía,  
Señor a vuestro oído no ha llegado,  
en tiempos que soñar mejor debía,  
no ha sido por la falta de cuidado,  
sino por sobra del que me ha traído  
por extraños caminos desviados.”*

En aquellos tiempos de risas y besos, no logramos entender el mensaje, ¿cómo intuir tanto horror en cuerpos apasionados por el devenir?

Repudio a las monjas cómplices por no denunciar en tiempos de represión y entrego mi perdón por no saber leer las palabras de la zampoña.

Hoy, desnuda de vergüenza por la ceguera de la época, dedico esta memoria a los secuestrados y torturados del Castillo, de la localidad de Plátanos, partido de Berazategui.

**Monica Verdun**



Lugares, lugarcitos, recorridos - Florencia Daniela Bernacchia

## El tiempo no para

Aunque su corazón ya se haya detenido, sus números y agujas intactas muestran huellas del tiempo en que nació, puro metal del bueno, que se vuelve a avizorar cuando apenas, con el roce de un paño, me entrega una vez más su redondez de plata. Se apoya sobre tres pequeñas patas y no mide más que la palma de la mano, aunque su tamaño no le resta importancia, esa que supo tener en aquellos tiempos. En su espalda, dos perillas y una de las mariposas, todavía cumplen su función, la otra está ausente. En su interior, un papel amarillento muestra los números perfectamente conservados, las agujas también de un metal, pero negro, reposan firmes sobre su eje. En su cabeza reina oronda la campanilla, esa que tantas veces hubo que apretar con la ilusión de volver a dormir, y con la realidad de la rutina.

Es el reloj despertador de mis viejos, particularmente lo atribuyo más a mi papá, que era quien en la casa se levantaba más temprano para iniciar la jornada laboral. Dorados años de abundante trabajo en la Textil Ducilo en la querida ciudad de Berazategui, que eran su orgullo y, aunque aún no lo sabía, el mío también.

Si parece que fue ayer que venía a la madrugada el Citroen 3cv a buscarlo para hacer horas extras porque habían llegado camiones, y él, en el sector de almacenes, debía manejar el montacargas.

Minutos, segundos, horas... hasta recibió un premio por millones de horas trabajadas sin accidente laboral, parte de la política de la empresa que también se medía por tiempo.

Para algunos todo tiempo pasado fue mejor, yo, en cambio, valoro este tiempo de mate y charla con mi viejo, con un tango sonando de fondo en la Spica, y su legado de honestidad y esfuerzo.

Atesoro este reloj como testimonio, aceptando el pasado que se pudo hacer y, creyendo que, sin abandonar lo aprehendido, marcamos nuestro propio tiempo en el mundo, nuestra razón de ser para y con los otros.

**Norma Beatriz Silvestre**





Desde abajo - Karina Francken

## LA VILLA

Hace muchos años, como 90, don Giambruno decidió vender algo de su tierra, un poco más de dos hectáreas. El lugar era lindo, rodeado de quintas de verdura y plantaciones de flores. Ya se habían asentado en sus alrededores y en parquizadas casas quintas, los Boria, los Lou-seau, los Ruggiero, los Biancolini, los Heinrich. El aire era puro, las ranas cantaban en las zanjas y los pajaritos en los árboles.

Los nuevos compradores de esas tierras eran familias en su mayoría inmigrantes. Españoles, italianos, alemanes, polacos, rusos, franceses.

A los españoles se los llamaba por su apellido, Arrieta, García, Ocampo, Oneto, Otero, Fidalgo, Hernández, Ramos, Lafuente, González, Ibarra, Díaz, Rosales, Endrise, Solé, Gay, Lazo, Coman, Martirens...

A los italianos también. Vittori, Gioia, Olmelli, Ricci, Agostino, Staffieri, Barilatti, Bordetta, Arditì, Memmo, Pucciarella, Russo, Lapinta, Roagna, Calicchio, Cutini, Grossi, Lucchidi, Dangelo, Roselli, Sbarbatti, Portigiano, Laureani, Caturano, Freza, Lupo, Bertelli, Tomeo, Barilatti, Calegari, Spadano, Pizaturò, Bussolo, Trapin, Colanero, Volpi, Serventi, Decristoforo, Uldani, Trapani...

A los otros se los llamaba el Polaco, el Ruso, el francés, la

alemana, el portugués, el japonés, Eldestein, Hansen y la negra Coca y su hijo el Negro Lito.

Puedo dar una vuelta por esas cuatro cuadras hoy mismo, ubicar a cada uno en cada casa y recordarlos en los bailes del club vecinal la Unión o en las funciones de cine cada jueves. La familia se reunía en ese salón cada vez que alguien se casaba o festejaba algún aniversario, en esas fiestas estaban esos 50 y tantos apellidos presentes. Si alguno faltaba se averiguaba por qué y, si lo necesitaba, se lo ayudaba.

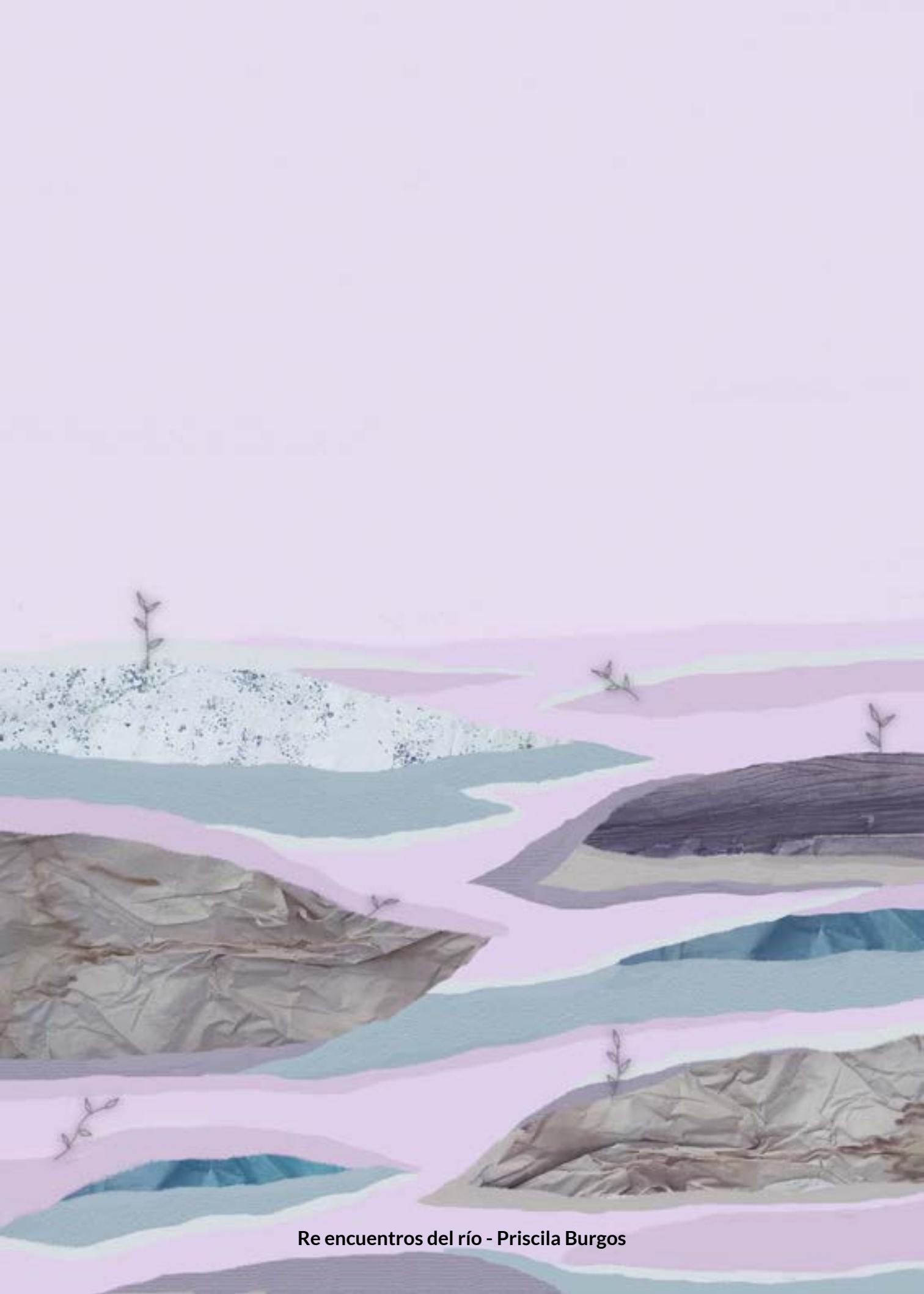
Pero un día de los años 60, llegó el monstruo de cartón y comenzó a pisar los tomates y las flores, a matar a las ranas con el veneno de sus desagües, a ennegrecer el aire y las plantas, y desprevenidos los vecinos recibimos con esperanza al rey del progreso.

Ya casi no se oyen pájaros, el cemento sigue avanzando y por las noches se escucha el resoplido de las chimeneas.

¿Será que La villa es una muestra de lo que ocurre en el mundo? ¿Que poco a poco aprendemos que nada es eterno y que los poderosos hacen lo que quieren? Si nos damos cuenta y nos ocupamos vamos a poder dejar un mejor planeta para nuestros hijos...

**Mirta Olmelli**





Re encuentros del río - Priscila Burgos

## Así lo viví

Corría el mes de mayo de 1960. Un fuerte nerviosismo sobrevenía al pueblo berazateguense. Los rumores habían instaurado la idea de que la autonomía de nuestro territorio era una misión imposible. En el paraje quilmense, la oposición impulsaba esa idea, trabajando junto a tres importantes vecinos locales, que se resistían a enfrentar los posibles cambios que ocurrirían en las economías regionales si Berazategui se separaba de Quilmes. El señor Elvio Duggan Varas, miembro de las comisiones de eventos de los pro autonomistas, informó a sus compañeros de lucha, durante una reunión, que el senador Logiácono le había manifestado que el expediente del proyecto de ley se había extraviado y que difícilmente se trataría en el transcurso de ese año.

Sin embargo, la tenacidad de los pro autonomistas no se doblegaba. El señor Rodolfo Harsich, diputado y autor del proyecto, insistió en acelerar los trámites. Con tal intención, se movilizó toda la comisión al senado para hablar con cada bloque. Solamente el senador Esteban Tomero brindó una luz de esperanza al prometer que pondría la propuesta sobre la mesa legislativa.

Con el paso de los días, se intensificó la campaña repartiendo folletos y charlando con los vecinos. También se organizó una caravana hacia la ciudad de La Plata con el objetivo de hacer oír la voz del pueblo berazateguense.



Así fue cómo el 27 de octubre de 1960, 3.500 vecinos autoconvocados marcharon en bicicletas, motos, camiones y colectivos hasta el Senado Provincial donde, después de 12 años de idas y vueltas, se trató el proyecto de ley para la autonomía de Berazategui. El resultado fue positivo. El regreso fue a las altas horas de la noche, y por varios días la caravana recorrió la ciudad con cantos y bocinazos que anunciaban la conquista de la tan anhelada autonomía.

El 4 de noviembre de 1960, el gobernador Oscar Allende promulgó la ley, dando origen al nacimiento de un nuevo partido en la provincia de Buenos Aires. Berazategui.

**Victorio Bruni**



Ranelagh, nevada del 10 de julio de 2007 - Laura Lavergne

## Un viaje imaginario

Todos recordamos lo que se sentía salir por la puerta del colegio, el camino que tomábamos para volver y llegar a nuestro tan querido hogar.

Quizás para algunos era un camino aburrido, esperaban con ansias llegar a casa y ponerse a jugar. Pero mi caso es un poco diferente. Mi vuelta a casa era una aventura, desafíos que tenía que superar para llegar a mi hogar, desafíos que no existían en la realidad, sino en mi imaginario.

Recuerdo salir, doblar en la esquina y encontrarme con el primer obstáculo de mi aventura, “el camino de los frágiles”, una parte de la vereda que estaba llena de grietas que no se podían pisar, algunos dicen que por cuestiones de mala suerte y otros por alguna obsesión. Para los de mi grupo era también un juego desafiante. Y así era. Con saltos muy bien medidos y con cuidado, iba avanzando sobre el amenazante abismo de lava que había debajo.

Las grietas se ensanchaban, el suelo se movía constantemente, mis saltos tenían que ser cada vez más largos y, muchas veces, casi que perdía el equilibrio. Algunas piedras tenían la costumbre de hundirse en el suelo y salpicar mis pantalones, pero en esos momentos no me preocupaba por la limpieza, me preocupaba más sobrevivir al

abismo de lava y vacío que había debajo del suelo agrietado. Y así avanzaba hasta que llegaba el comienzo de una nueva vereda, más sana y estable, mi vida iba a estar a salvo, al menos en ese instante.

Lo que seguía era una recta. A mi derecha tenía el paredón de la fábrica y a mi izquierda las vías ferroviarias. Al caminar unos pocos pasos, escuchaba a mis espaldas los motores de mis rivales, rugidos abrumadores que me erizaban la piel, por lo que me ponía mi casco, ajustaba la palanca de cambio invisible y, con ambas manos al volante, me ponía en marcha. Eran carreras muy exigentes, podía sentir la vibración en los pies de los vehículos que cada vez se acercaban más y más. Algunos seres se cruzaban en mi camino o debía esquivar algún árbol plantado para evitar que yo gane la carrera, pero nunca fueron rivales para mí. Siempre esquivaba todo lo que se interponía en mi camino sin reducir la velocidad, porque, por más que forzara mis pequeñas piernas, sabía que era imposible ir más veloz que mis contrincantes motorizados. Pero contaba con una ventaja: varios metros de antelación. Corría y corría, como si de verdad la vida dependiera de eso, hasta que al fin, con mis últimas fuerzas, cruzaba la línea de llegada, apenas unos centímetros delante de mis competidores, suficientes para que me lleve la victoria.

Pero el camino no había terminado, un nuevo reto iba a querer evitar que culmine mi viaje. Después de cruzar las vías del tren, del otro lado me esperaba una banda de

piratas saqueadores de tesoros. Para mí eran muy reales. Por suerte, yo nací con el don de la invocación, un poder que me otorgaba la habilidad de convertir cualquier rama o palo que haya en el piso en mi leal espada, la que durante tantos años me ayudó a defenderme de los conflictos en los que me metía. Y, una vez más, esquivando y devolviendo ataques, con destreza y valor, lograba abrirme paso ante los rabiosos piratas y llegar a mi hogar.

Ya por fin, tranquilo y con hambre, esperaba con ganas el almuerzo para recuperar mis fuerzas y seguir imaginando nuevas aventuras.

**Gaston Diciocco**



# El borracho y su Estelita

La esquina de Tota ahogaba la nostalgia del borracho del pueblo, que sumergido en alcohol esperaba a la Estelita.

De joven aguardaba, en el borde de los durmientes, al tren que traía, desde la estación Pereyra, a su amor.

Ella saltaba los escalones del vagón con una mochila cargada de libros que compartía con él, mientras la tarde y los besos se devoraban a los dos.

Sonaba la sirena de la fábrica de parafina que anunciaba el ingreso de los trabajadores y él, haciendo caso a la chicharra, la despedía con una mirada. Estelita con su pollera a cuadrille larga, se iba a trotecitos sobre las baldosas desparejas al chalet de la 413, esperando con deseo el siguiente día, escondiendo con excusas sus llegadas tardes.

Un día, el último y único tren que venía desde la ciudad de las diagonales, bajó a todos los pasajeros, que a paso cansado regresaban a sus casas. Pero ni Estelita ni el cuadrille que la caracterizaba bajaron. Nunca más se la vio.

Él la buscó días completos, deambuló ignorando las alarmas que lo llamaban a sus obligaciones. La maraña de pelos comenzó a taparle los ojos, siendo un muro para los habitantes del lugar, escondiendo tras las canas su mirada. La barba creció tanto que ocultó la sonrisa de

plomo, y el deterioro de su dentadura junto con un fuerte olor, se evidenció cada vez más.

La esquina de Tota atesoraba entre sus mesas el café de la espera, el secreto de los amantes y las botellas que se vaciaban llevándose las tristezas de quienes bebían de ellas. Junto a la mesa que se encontraba al lado del ventanal más grande, él apoyaba su cuerpo y desde allí, primero en la mañana, luego en la tarde y en la madrugada, se sentaba a esperar a su Estelita. A su lado, una petaca hacía que el reloj avanzara.

Las palmadas de los vecinos, en un intento fallido, alentaban al joven a recuperar su vida. Las manos de quienes no lo conocían y estaban de paso, se volvieron pesadas y las risas burlonas.

Cuenta Doña Rosa que al volver del almacén, lo veía al borracho del pueblo vagar por las arterias que se entrecruzaban en su vida. Siendo la sangre casi podrida mezclada con alcohol el único torrente que por su cuerpo transitaba. En las nochecitas lo solía ver en los muros bajos que separaban la vereda de los portales de las casas. La paciencia de algunos vecinos lo refugiaba, mientras que la falta de empatía de otros, lo corría a gritos de lugar en lugar.

Doña Rosa, en el invierno, lo cubrió con un tapado verde oscuro perteneciente a su difunto esposo. Mientras el rocío aun adornaba el césped, ella baldeaba la vereda y veía como la espera y la deuda al bar lo condenaban.

Una noche en una esquina, otra en otra, hasta que los trenes se suspendieron, dejando abandonada la estación del pueblo. Sin casa, sin anhelos, sin su amor, el hombre ocupó los baños como si fueran suyos, las boleterías despedazadas como si fueran su living, la galería cubierta de tejas caídas como si fueran su jardín, y allí con el estómago ahogado una noche murió.

Con la velocidad con la que avanza el tiempo, el pueblo se convirtió en ciudad, y la esquina de Tota en una pastelería llena de dulces. Aun así, al recorrer la zona, entre los panes recién horneados y medialunas calentitas, se siente el olor del sudor añejo mezclado con ron y el aroma a esperanza de un amor perdido.

**Silvina R. Berardi**



Avanzando aunque todo alrededor se desmorone - Yanina Paola Silva

## Vida con huellas

106 y 20 no son solo dos calles que se cruzan, son la representación de la unión entre dos personas valiosas que un día se cruzaron, se detuvieron, se enamoraron y fundieron sus caminos.

Comenzaré por él. Un hombre común, un muchacho de barrio, de mi barrio: Santa Carmen. Que dedicó su vida a ayudar a los demás incondicionalmente. Había nacido en Berazategui, con padres amorosos que se ocuparon de darle un bienestar para su futuro, como se decía en esa época lograron la satisfacción de poder decir: “Mi hijo, el doctor”. Cursando su carrera universitaria, la conoció a ella. Una hermosa y cariñosa mujer que cursaba la misma carrera que él. Poco a poco fueron acercándose, estudiando juntos, compartiendo momentos de tensión, de exámenes, y así surgió el amor entre ellos. Ambos vivían en Berazategui. Era común, que luego de una extensa jornada en la universidad, volvieran juntos en el tren suburbano que unía Capital Federal con su municipio natal, para luego comenzar una caminata en las calles empedradas del antiguo centro berazateguense.

Encontraron su lugar definitivo en el barrio de Santa Carmen, en ese entonces poco poblado, con casas precarias, familias nacientes y calles de tierra. La polvareda se hacía presente cuando el Dr. del barrio pasaba presuroso con su viejo automóvil Ford A, rumbo a asistir a alguna consulta.



Y ellos, al igual que el barrio que recién se estaba formando, sentaron sus bases e iniciaron allí su familia. Tuvieron un hijo, que como sus padres le habían enseñado, también amaba la medicina y luego se convertiría también en doctor.

Su padre era mucho más que el doctor del barrio, era el amigo, el que jugaba al fútbol con los pibes en el potrero de la calle 106, el que recibía como pago una gallina o una bolsa de harina.

Será por eso, que luego de su muerte, el municipio decidió hacerle honores nombrando a la calle 106 Dr. Oscar Mario Canullán, una forma de mantener vivo su recuerdo entre los vecinos.

Su mujer, la Dra. Tachi continuó hasta sus últimos días ejerciendo su profesión y pasando su tiempo libre inmersa entre los bellos cuadros que pintaba y que todavía adornan los consultorios.

La Dra. Tachi también partió varios años después. ¿Se habrá encontrado con su compañero y amor? Ella también recibió un homenaje en su memoria, su nombre, su dulce imagen y una frase recordatoria en la calle 20.

Mario Canullán y Mabel Tachi; sus destinos en vida quedarán eternamente unidos en la conjunción de dos calles y en la memoria de los vecinos del barrio Santa Carmen.

**Andrea Berbih**



Siesta Inducida - Héctor Fabian Martínez

# UN VIAJE A VILLA ESPAÑA

Cuando uno llega a los andenes de Constitución, se produce un extraño pasaje, como en el ingreso de una dimensión a otra. Cobra vida otra música, otros cuidados, gritos lejanos de vendedores de superpanchos y gaseosas, de objetos baratos que pueden mirarse sin compromiso de compra.

El viaje se inicia con canciones de letras populares abajo, en el momento de la espera, y más canciones arriba, a todo volumen, antes de escuchar la promo del CD que se vende a 3 pesitos. A la primera estación se llega relativamente rápido. El tren no para por un loco capricho en Yrigoyen, siempre vacía, misteriosa y extraña, solapada en el olvido de viejos tiempos industriales. Solo se detiene en la estación de Maxi y Darío (ex Avellaneda) para que unos pocos suban. Una puerta se golpea repetidas veces y la brisa se cuela sin pedir permiso. El aire entra sin boleto y nos toca la cara como un alivio bendito. La formación se oculta minutos después entre puentes de cemento y nos sumerge en un ruido envolvente y ensordecedor que parece infinito. Sarandí se abre más adelante, nos recibe de repente, vuelve de nuevo la quietud y el silencio, cuando el tiempo se detiene.

Los parlantes tiran voces que no se entienden. Cuelgan como adornos que no pueden soltar palabras, por una disfonía casi crónica. Ahogan los anuncios más importantes,

y también aquellos que siempre se esperan. Los pasajeros se miran, con ojos desorbitados se preguntan entre ellos, se pierden en la incertidumbre. Desconcertados, tratan de descifrar esos extraños mensajes que parecen secretos. Seguro son malos anuncios, noticias de cancelaciones y retrasos, demoras que hay que aceptar con la resignación de aquel que no parece tener alternativas.

Las vías dibujan nuevas curvas a lo lejos. Dos policías nos custodian, miran entre los que están sentados, y también entre los que van por los vagones. Buscan incansablemente llegar, como todos los que viajan. Dudan y se pierden por momentos en los paisajes reflejados en los vidrios. Todos estamos bajo esa tensión de ser sospechados. Las luces débiles de los celulares, dibujan sombras en los rostros, que en realidad no quieren mostrarse. Concentrados en los mensajes estamos casi siempre, perdiéndonos cansados entre los murmullos del adentro y el chillido de las vías.

Como en una película que nos parece conocida, vemos pasar techos de interminables colores, sacando fotos de lo cotidiano en cada parpadeo. Nos tocamos los brazos, movemos los dedos en una gimnasia obligada para no caernos en el abismo del sueño. Sabemos que es peligroso dormir y es peligroso soñar. No hay tiempo en este viaje para esa arriesgada aventura. El silencio se rompe siempre con el ruido monótono del andar, en golpes que despiertan y acompañan. Es mejor afirmarse, estar atentos, preparados siempre para lo que puede llegar.

El sur se acerca y nos viene de a poco. Ya es raro ver edificios, y las estrellas aparecen con más fuerza. Los árboles nos rodean como una señal de los suburbios, mezcla de verde y pocas luces, de grafitis en paredes bajas. Al llegar a Berazategui, parece seguir el vacío. Algunos preguntan si el tren sigue hacia La Plata o es “vía circuito”.

Me preparo para bajar en la próxima, después de la curva, en Villa España, en donde siempre, jamás sabré por qué, espera un perro recostado en el andén. Los saludos se multiplican para los que siguen, no sé hasta dónde. El guarda da la orden de salida, y se va con ellos.

**Adrian Sergio Maglieri**





Reflejo de una ciudad en movimiento - María Paula Matinati

**Edición EdiBer**  
**Complejo Municipal El Patio**

**Área Industrias Creativas**  
Calle 149 e/ 15 y 15A (1884) Berazategui  
Buenos Aires, Argentina.  
ediber@culturaberazategui.gov.ar  
Tel. 4216-6190

**Título original: Quiero relatos**  
**© Editorial Municipal de Berazategui, 2021**

**Responsable editorial**  
Federico López

**Dirección Gral. de Patrimonio y Políticas de Identidad**  
Liliana Porfiri

**Directora del área de Industrias Creativas**  
Verónica Lopert

**Asesor editorial**  
Juan Bertola

**Compilación**  
Celeste Scalise

**Diseño**  
Juliana Sartori

Hecho el depósito que marca la ley N° 11723  
Queda prohibida la reproducción total o parcial de este libro digital sin citar la fuente y la expresa autorización de la editorial.  
Este eBook se presentó durante el mes de octubre de 2020 en Berazategui, Buenos Aires, Argentina.

Quiero relatos / Cintia Elisa Periz ... [et al.] ; compilación de Verónica Lopert. -  
1a ed. - Berazategui : EdiBer - Editorial Municipal de Berazategui, 2021.  
Libro digital, PDF

Archivo Digital: descarga y online  
ISBN 978-987-3983-14-6

1. Narrativa Argentina. 2. Relatos. 3. Ilustración Gráfica. I. Periz, Cintia Elisa. II. Lopert, Verónica, comp.  
CDD A863

